

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XXXVII —

FALLON DIEGO. (1834-1905). *Poesías de Fallon*. Segunda edición aumentada. 18½ x 13 ctms. XVI-55 págs. Imprenta a cargo de R. Andrade. Bogotá, 1889.

Don Diego Fallon nació en Santa Ana, el 10 de marzo de 1834. Era hijo de un científico irlandés, Tomás Fallon, quien llegó al país en 1833, contratado por el gobierno nacional para beneficiar las minas de plata de aquella comarca, en las inmediaciones de Mariquita. En esta población se casó el irlandés con doña Marcela Carrión, matrimonio del que nacieron también Tomasa y Cornelia. Estudió con los jesuitas, en Bogotá, y más tarde en el Colegio de Ingenieros de New Castle, en Inglaterra. De regreso a Colombia no ejerció la ingeniería, sino que dedicó todas sus energías al cultivo de las actividades a que lo inclinaba su naturaleza: la poesía, la música, la enseñanza de idiomas extranjeros, sin olvidar el cuidado de la familia y el cultivo de su jardín.

Escribió dos libros técnicos: *Nuevo sistema de escritura musical*, impreso en Bogotá en 1869, y *Arte de leer, escribir y dictar música*, editado en la propia imprenta musical de Fallon, en 1885, del cual hicimos alguna referencia en el capítulo VI de estos apuntes. (Cf. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Vol. IV. Nº 5, Págs. 368 y sgtes.).

Fallon murió en Bogotá, en decorosa pobreza, el 13 de agosto de 1905.

José Joaquín Casas, altísimo poeta y uno de los prosistas más cabales que ha tenido Colombia, en la magnífica semblanza de Fallon, que leyó ante la Academia de la Historia en 1915, lo describe de esta guisa:

“De estatura más que mediana; cuerpo vigoroso, ágil y de buenas proporciones; habitualmente inclinada por la meditación la cabeza de cuya escultural y graciosa bóveda han desaparecido los cabellos; la tez morena, la nariz fina y suavemente encorvada, la barba puntiaguda y entrecana; cogidas atrás las carnosas manos, que en el calor de la conversación se levantan para accionar, abriendo los dedos cual si quisieran descubrir el arco que hace al desplegarse

el abanico de andaluza dama;

la disposición toda de la persona llena de afabilidad, sencillez y benevolencia...". (*Boletín de Historia y Antigüedades*. Año X. N° 112. Pág. 210. Bogotá. Imp. Nal. noviembre de 1915).

Pocos poetas, como Fallon, han cifrado tan alto en el Parnaso colombiano, y ninguno como él con obra cuantitativamente tan exigua.

En efecto, la primera edición de sus poesías no se hizo, ni podía hacerse, con versos únicamente de su propia cosecha, ya que sus composiciones no llegaban a una docena. Por eso se editaron, en un libro de 160 páginas, en unión de las poesías de José María Roa Bárcenas, quien copa con ellas la mayor parte del volumen, impreso por Echeverría Hermanos, para la Librería Americana, en 1882. Y no cabe duda de que por la misma razón no se cumplió el propósito, enunciado en el *Catálogo de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana*, que apareció en 1948, de editar, como volumen 110, último de la duodécima serie, las *Poesías de Fallon*.

La segunda edición aumentada de los versos de Fallon, a que nos estamos refiriendo, tiene como colofón la siguiente nota: "Esta reimpresión se ha hecho con permiso del autor y ha sido aumentada con cuatro composiciones". Pero estas son trece en total, con dos más, que figuran transcritas en el Prólogo de Miguel Antonio Caro.

Sus títulos son los siguientes: *La Luna, Reminiscencias, Las Rocas de Suesca, A la palma del desierto, Mintamos, A la fuente de Nemocón, A una naranja, Crepúsculo, La flor silvestre, Al señor J. T. Gaibrois, En la montaña, A la señora Lastenia S. de Soffia, El rayo*.

Las dos composiciones ligeras, que Caro transcribe en el Prólogo, son contestaciones a una invitación para fiestas de navidad: *De un niño que partía para la Sabana*, y *De una niña que estaba de duelo*. Y ese es todo el haber poético de Fallon, presentado *in integrum* en esta edición, según expreso deseo del señor Caro.

Sin embargo, habría que adicionar a aquellas otras poesías si se quisiese formar una colección de veras completa de las producciones de Fallon. Y son, entre las que recomendamos, las siguientes:

Al Padre Evasio Rabagliati, que transcribe D. José Joaquín Casas en discurso que pronunció en el Colegio Salesiano de León XIII, de Bogotá, en conmemoración del V centenario de la imprenta, el 1° de septiembre de 1940. (*Anuario de la Academia Colombiana*. VIII-Pág. 422. Bogotá, 1941). Se trata de una obra de compromiso, de un soneto improvisado, en ocasión del onomástico de la persona a quien fue dedicado. Y si correcto en el fondo y en la forma, como todo lo que salió de la pluma de Fallon, sin mayor mérito literario.

El Molino de Viento, versión de Longfellow (*The Windmill*), que se publicó en 1893, en la selección de Rafael Torres Mariño, a la que hicimos referencia en el capítulo XXIV de estos apuntes (*Boletín Cultural y Bibliográfico*. Vol. VI. N° 1. Págs. 34 y sgtes.), y que Samper Ortega reprodujo en el tomo 90 de su biblioteca, (Págs. 72-73).

Espejo, que figura en la *Antología de Poetas Colombianos*, de Gustavo Otero Muñoz, (Bogotá, 1930. Pág. 133), que Manuel Antonio Bo-

nilla merecidamente elogia "porque contempla un tema de introspección filosófica, expresado en un soneto que no desdice de los más calificados de nuestra lengua" (*Arte*. Año I. Entregas I y II. Ibagué, 1934. Pág. 13).

Por último, el soneto *A Panamá*, en la apertura del canal, compuesto sin duda alguna antes de 1903, en el que Fallon, ¡vate al fin!, en medio del entusiasmo que le produce la inminencia del hecho grandioso, no oculta los amargos presentimientos que le embargan, los temores del felón asalto imperialista, que los hechos se encargaron de confirmar:

*Despierta, hermosa hurí; de tus palmeras
Descorre el pabellón: la lucha suena
Que el fin augura a tu prolija pena,
Rompiendo tus prisiones seculares.*

*Del andino collado los sillares
Vuelan deshechos en menuda arena:
Ese roto eslabón de tu cadena
Será en tu mano cetro de los mares.*

*O bien, ¿será que turba enloquecida
Abriendo viene con ferradas manos
En tu cuello gentil mortal herida?*

*¿Qué importa, bella hurí? Los océanos
Te otorgarán la llave de la vida
Cuando se den el ósculo de hermanos.*

Figura este soneto en el tomo I de la *Antología Colombiana*, de don Emiliano Isaza. (Librería de la Vda. de Ch. Bouret. París, 1912. Pág. 131).

Dígase lo que se quiera, y si hemos de ser sinceros con nosotros mismos, tenemos de declarar que no estuvo completamente feliz el señor Caro en el *Prólogo* que va al frente de esta segunda edición de las Poesías de Fallon. Y que, como apreciación crítica de la obra poética de este, vale mucho más el discurso de Gómez Restrepo, en la peregrinación a la tumba del poeta, el 13 de agosto de 1907; el Elogio que le dedicó Fernando de la Vega, y el trabajo de Manuel Antonio Bonilla, compuesto en ocasión del centenario del bardo, en 1934. Pero, sin disputa, el juicio más acabado sobre Diego Fallon es la magistral *Semblanza* del autor de *La Luna*, trazada por la pluma de don José Joaquín Casas, y leída en la Academia de Historia, el 12 de octubre de 1915.

Caro explica así la exigüidad de la producción lírica de Fallon: "Más de un mes empleó en componer *La Palma*... Cuando hace poesía, no improvisa, sino que de muchas formas que le sugiere la imaginación, desecha una y otra y otras, hasta dar con la que cree menos indigna, para vaciar en ella, como en forma alabastrina, la idea que bulle en su mente...". (Pág. V).

Y se detiene el crítico, analizando con morosa delectación, las *Rocas de Suesca*, descubriendo semejanzas, por sus desbordamientos imaginativos, entre Fallon y don Manuel de León Merchante, un poeta del siglo XVI, en fin, rememorando el *Morgante Maggiore*, de Pulci, y el *Orlando Inamo-*

rato, de Berni, a propósito de las próximas o remotas semejanzas que encuentra entre esas producciones de la literatura italiana y las *Rocas* de nuestro compatriota, sin olvidar a don Andrés Bello, con su *Zona Tórrida*, a Villaviciosa con su *Mosquea* y a otros poetas y preceptores de la bella literatura.

Fallon ganó inmensa celebridad con un solo poema suyo, *La Luna*, que de la tertulia de *El Mosaico* se difundió por todos los horizontes de la patria y los confines todos de los países de lengua española. Obra de inspiración, pero también de paciencia y lima, se dice que empleó siete años en componer las treinta y una estrofas de esa composición, de la cual suprimió una, siguiendo el consejo de su mentor, don Ricardo Carrasquilla, por no satisfacer plenamente su gusto estético, como lo recuerda Casas, quien la transcribe, como curiosidad literaria, en su citada *Semblanza*:

*Hay un dolor en tu mirar tranquilo,
Mas un dolor que nunca desespera:
Y tu lumbre se tiende con sigilo
Cual si un secreto revelar temiera...*

Resulta extraño que el gran polígrafo hispano e historiador de nuestra poesía, don Marcelino Menéndez Pelayo, en su *Antología de Poetas Hispano-Americanos*, publicada en 1894 por la Real Academia Española, no se hubiese referido en modo alguno a la selectísima obra de nuestro compatriota, ni citado jamás el nombre de Diego Fallon, no obstante que para entonces contaba el poeta colombiano con 60 años de edad, y de sus versos se habían hecho ya dos ediciones, la de 1882 y la de 1889, que estamos comentando. Y eso, sin recordar que el humanista español citó numerosos poetas colombianos, de segunda y de tercera categoría, en todo caso poetas menores, cuyas "agradables poesías", según lo confiesa, había leído en el *Parnaso Colombiano*, de don Julio Añez, en el cual figura, por cierto, Fallon, con dos de sus más características producciones: *La Luna* y *Las Rocas de Suesca*, (Vol. II. Págs. 274 y sgtes.). Lo que hace completamente inexplicable el silencio del maestro en torno de nuestro poeta. Porque resultaría absurdo pensar que don Marcelino catalogó las poesías de Fallon entre el "fárrago y broza" de que, según él, estaba lleno el Parnaso de Añez. (*Antología de Poetas Hispano-Americanos*. Tomo III. Madrid, 1894. Págs. LXXIX y sgtes.).

Omisión que se repite y observaciones que sobre el *Parnaso* de Añez se reiteran por Menéndez Pelayo en su *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, (Vol. XXVII de sus *Obras Completas*. Madrid, 1948. Págs. 477 y sgtes.). Y eso que, al decir de don Adolfo Bonilla y San Martín, su discípulo predilecto y más aprovechado, por la *Antología de Poetas Hispano-Americanos*, mostraba Menéndez Pelayo especial cariño, disputándola por la mejor escrita y menos leída de sus obras. (*Orígenes de la Novela*. Tomo IV. Volumen 21 de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*. Madrid, 1915. Pág. 131).

Sin que acabe de convencernos, y menos de satisfacernos la explicación que de este fenómeno daba don Antonio Rubio y Lluch a don Enrique

Alvarez Bonilla, en carta suscrita en Barcelona, en abril de 1894, y publicada en *El Telegrama*, de Bogotá, en julio del mismo año, en la que el crítico barcelonés dice que Menéndez Pelayo, al hablar de tres ingenios, por lo menos, que escasamente encuentran rivales en América, "Aunque no pronuncia sus nombres, al designarlos de tal suerte, rompiendo tímidamente con su impuesta reserva, bien claramente alude al autor de la oda *A la estatua del Libertador*, don Miguel Antonio Caro, que tan dignamente rige hoy los destinos de esa ilustre nación, el byroniano y horaciano a la vez Rafael Pombo, y al gran poeta descriptivo Diego Fallon..." (*Biblioteca de Autores Colombianos*. Tomo 7. Bogotá, 1952. Pág. 368).

Contrasta, en cambio, semejante silencio de Menéndez Pelayo en torno a Fallon, con lo que otro crítico de su autoridad y fuste, pero de visión más amplia y libre, ajena de prejuicios, don Juan Valera, expresó de nuestro compatriota, cuando en sus *Cartas Americanas*, también a propósito del *Parnaso de Añez*, después de encararse con *Las Rocas de Suesca*, que le recuerdan a Terencio Mamiani y al siciliano Meli, dice que: "Los otros versos de Fallon, a *La Luna*, son mucho mejores que *Las Rocas de Suesca*, sin que ninguna extravagancia caprichosa contribuya a su originalidad, que es grande, si bien más en la meditación, a que la contemplación induce, que en la misma contemplación. Aun así, en la parte descriptiva hay notables bellezas, y el poeta nos hace sentir la calma magnífica de una noche de entre trópicos a la falda de los Andes...". En otra parte, Valera había dicho que no hablar de Fallon con elogio sería la mayor injusticia, y que sus poesías "son, sin duda, las más originales, y cada una de ellas de muy extraña y distinta originalidad...". (*Obras Completas*. Tomo III. Madrid, 1947. Págs. 285-286).

También Rubio y Lluch, comentando las *Cartas Americanas* de Valera, en otras suyas de don José Joaquín Ortiz, en octubre de 1889, decíale a propósito de nuestro poeta:

"Grave omisión hubiera sido la de Diego Fallon... Yo no me canso de admirar su poesía a *La Luna* y la prefiero a todas, porque es la que menos esfuerzo supone en el artista para crearla; en el lector para comprenderla. Nunca he visto pintada con más precisión de color la pálida luz de aquel mundo muerto, por medio del arte de la palabra, que en Fallon. Así se la ve desplegar en argentinas gasas por la cumbre y la vega, tornar en mármol las desnudas rocas, bañar con matiz de azucena la blanca torre de la aldea, recorrer, reflejada en las sierpes de plata de las fuentes y los ríos, el valle, y envolver en sus roscas brillantes.

Prados, florestas, chozas y plantíos..."

Y, a vuelta de comparar el magno poema de Fallon con el *Tramonto della luna*, de Leopardi, confesando que le gustan más los versos del colombiano que los del europeo, y de apartarse del juicio de Caro, que parece repuntar *Las Rocas de Suesca* como lo más característico del poeta tolimense, añade: "A mí me gusta más el Fallon serio, el Fallon no laberíntico, ni forzado, ni demasiado conceptuoso, como lo es allí y alguna vez en la misma *Palma del desierto*, una de las poesías que me han hecho meditar más hondamente. Tal vez le perjudica el haber sido demasiado

trabajada, el haber empleado el autor más de un mes en componerla. Se acordó con exceso de Andrés Bello, el cual en su silva *A la Zona Tórrida* fatiga al lector a veces, porque le hace asistir al laborioso trabajo del yunque..." (*Biblioteca de Autores Colombianos*. Tomo 7 cit. Pág. 407).

Fallon es, indudablemente, romántico. Pero por la cuidadosa prolijidad de sus procedimientos de composición literaria, por la pulcritud de su estilo, por la justeza de su lenguaje, por la sobriedad y precisión en el empleo de las imágenes, aun por la parvedad de su obra en conjunto, Fallon podría ser considerado como el precursor en nuestro país de la escuela parnasiana de Leconte y de Heredia. A mil leguas del florido y pomposo y exhuberante Pombo, se acerca mucho más al remirado y exquisito Valencia que es, en nuestro sentir, el más auténtico representante del parnasianismo en Colombia.

Sus contemporáneos admiraron en el poeta tolimense al inimitable *causeur*, al ingenioso músico y matemático, al profesor, en fin, de lenguas extranjeras, y al poeta, sin duda alguna. Y en los círculos literarios de su tiempo, lo mismo se leía y ensalzaba *La Luna* que *Las Rocas de Suesca*, sus elegías que sus composiciones ligeras. Y así el pueblo como los letrados se extasiaban ponderando la pirotécnica verbal en que era Fallon tan hábil, como en los tan traídos y llevados cuartetos de *El Rayo*:

*"Crash'd be the rugged crags" dijo en idioma
Inglés el vivo rayo, y "animarum
Memento", resonó de loma en loma,
"Famulorum famularúmque tuarum".*

*—"Famulorum, ¡estultas!, famulórum"
De Tilatá los montes corrigieron,
Y con rimbombo hondísino, "stultorum
Infinitus est número", gruñeron...*

Feliz hallazgo onomatopéyico, sin duda alguna, que recuerda los procedimientos verbales a que tan adictos eran los griegos, como en el conocido pasaje de la *Odisea*, en el que el poeta nos hace sentir el retumbo que produce el peñasco de Sísifo, al desprenderse desde la cima del monte hasta el abismo:

*Akron hiperbaleyen, tot'apostepsaske kratayes
Antis epeita pedoude kylindeto laas anaydes...*

O en aquel otro en donde Aristófanes imita maravillosamente el croar de las ranas:

Brekekekéx, kekéx-kekéx, koax, koax...

Pero en los días que nos alcanzan si la fama de Fallon no ha sufrido mengua es porque supervive a través del único poema suyo que ha triunfado de las vicisitudes del tiempo y de los caprichos de la moda literaria, *La Luna*. Le ocurrió, pues, a Fallon, lo que a Félix Arvers. Que así como este sobrevive en la historia de la poesía universal por un solo soneto suyo,

"*Mon ame a son secret...*", Fallon ha pasado a la posteridad en alas de su máxima inspiración, y que muy bien podrían omitirse de su obra sus restantes poesías, sin que por ello su fama padeciese mengua. Esta rara y exigua edición de sus Poesías, de 1889, así lo demuestra.

De Fallon se hizo una buena selección poética, precedida de una breve noticia biográfica, en el tomo XXI de la famosa *Biblioteca Popular*, Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, que fundó y dirigió con grande acierto, amplia erudición y cabal gusto estético, don Jorge Roa, varón benemérito de las letras colombianas. El volumen en referencia se editó, para la Librería Nueva, en 1901.

"Las personas que vienen de provincias a la capital —dice Roa— preguntan dónde podrán conocer al señor *Fallón*, el cantor de *La Luna*. Los bogotanos que oyen tal cosa se sorprenden un poco, y dicen: '¡Ah, sí, *Fála-n*', pronunciando el apellido del ilustre poeta como de costumbre, a la manera inglesa. A esta dualidad simplemente fonética de apellido, corresponde otra más positiva en el hombre y en el poeta... Esta dualidad se observa igualmente en sus obras. Uno es el cantor de *La Luna* y *La Palma*; otro, el de la primera parte de *Las Rocas de Suesca* y las estrofas de *El Rayo*. En las primeras, 'remonta audaz el vuelo solitario', desde los paisajes bien estudiados y sentidos de la naturaleza tropical, hasta las cimas nebulosas de la filosofía; en las últimas, manifiesta el humorismo de su raza, el chiste sano y deleitoso a vueltas de la descripción científica del asunto...". (Pág. 165).

De algo más da testimonio este libro: del triste destino que le cupo a don Diego Fallon, que tuvo de luchar a brazo partido contra la pobreza extrema que siempre lo acompañó, y que careciendo de todo apoyo estatal, pródigo, por lo común, en el caso de ilustres nulidades, vióse precisado a valerse de los escasos proventos que de sus agobiadoras labores docentes recibía, para atender a sus necesidades. Lo que no le proporcionó tiempo propicio ni ocasiones favorables para dedicarse con más veras al cultivo de la poesía, de la cual lo poco que nos dejó es apenas a manera de mítica columna de un suntuoso templo desaparecido.